

MARÍA DOLORES LORENZO RÍO, *El Estado como benefactor: los pobres y la asistencia pública en la Ciudad de México, 1877-1905*, México, El Colegio de México, El Colegio Mexiquense, 2011, 262 pp. ISBN 978-607-462-274-4

La crisis del Estado de Bienestar en el mundo occidental ha dado lugar a estudios que cuestionan la narrativa triunfalista de la asistencia estatal como la corona brillante de políticas liberales. Para Latinoamérica en particular, al ver la persistencia arraigada de la pobreza, los historiadores en las últimas dos décadas han renovado su interés por analizar los orígenes y las limitaciones de los sistemas de beneficencia que tanto prometieron, pero tan poco cumplieron. *El Estado como benefactor* es un magnífico ejemplo de esta nueva tendencia a echarle una mirada crítica a la asistencia pública en México.

Este libro empezó como la tesis de doctorado de la profesora Lorenzo Río –una obra tan sobresaliente que la Academia Mexicana de Ciencias le otorgó el premio a la mejor tesis de humanidades en 2010 y en poco tiempo estuvo lista para publicarse–. El resultante libro nos ofrece una investigación minuciosa del auxilio que el gobierno de Porfirio Díaz proporcionó a los pobres de la ciudad de México entre 1877 y 1905, con estudios detallados de dos de las instituciones benéficas más importantes de la capital: el Hospicio de Pobres y el Tecpam de Santiago. Sus contribuciones son múltiples e importantes.

El primer capítulo esboza las ideas de escritores, pintores y estadistas sobre la pobreza y cómo remediarla. Su excelente presentación tiene varios rasgos notables. Lorenzo resiste la tentación en que caen muchos historiadores de querer simplificar las ideas para sostener algún argumento global. Al contrario, analiza la ambigüedad en las percepciones respecto de los indigentes y la manera en que algunos autores se contradecían en sus mismos escritos. Demuestra que no había un consenso sobre qué

hacer con los pobres, y que aun cuando ciertos grupos los miraban como un problema urgente, otros los veían con indiferencia. Además, Lorenzo encuentra una enorme continuidad con ideas de décadas pasadas, sobre todo en el deseo de concentrar los recursos estatales en los niños y jóvenes y educarlos para ser trabajadores útiles. También nos recuerda que los logros del porfiriato –terminar la práctica del encierro forzoso de mendigos, centralizar las instituciones de beneficencia bajo una nueva Dirección de Beneficencia Pública y secularizar la asistencia que se ofrecía– no fueron tanto innovaciones sino la culminación de proyectos de varias administraciones anteriores.

Los próximos dos capítulos son tal vez los más originales del libro. El segundo demuestra cómo el gobierno de Porfirio Díaz se aprovechó del “marketing” de la asistencia para concederle legitimidad al régimen y proyectar una imagen del progreso del país. La propaganda distaba mucho del hecho, porque la beneficencia porfiriana fue bastante restringida. Se concentró en la ciudad de México; a pesar del enorme crecimiento de la población apenas se auxiliaba al mismo número de indigentes que a finales de la época colonial, y se volvió más selectiva al excluir de esta ayuda a algunas categorías de personas que antes habían merecido el socorro institucional. Las historias oficiales, los discursos en la prensa y la participación en ferias internacionales escondieron estas limitaciones. Además, construyeron una narrativa que minimizó el papel de la administración virreinal y del Ayuntamiento en la historia de la beneficencia mexicana para sostener la ficción de que los logros se debían sobre todo al gobierno liberal que le arrebató las instituciones benéficas directamente a la Iglesia. Lorenzo contribuye al proceso revisionista de poner en duda gran parte de este mito patriótico.

El tercer capítulo nos da otra perspectiva sobre los usos de la beneficencia, esta vez al revelar cómo las posiciones en la Dirección General de Beneficencia y en la administración de las ins-

tituciones formaban parte de redes de clientelismo y fueron instrumentos de ascenso social. Lorenzo nos ofrece un estudio prosopográfico de 47 empleados de la beneficencia: tanto directores, prefectos y ecónomos de grupos intermediarios como personajes notables que participaron en los altos rangos de este ramo. Entre otras cosas, demuestra cómo Porfirio Díaz fortaleció su gobierno al usar estas posiciones para remunerar a algunos militares y otros seguidores por su servicio y lealtad. Ilumina el proyecto de centralización que no sólo conllevó el desplazamiento de los regidores municipales de la empresa de beneficencia, sino también la centralización del abasto que abrió nuevas oportunidades para algunos negociantes escogidos. Señala una tendencia a la profesionalización de los empleados públicos, que parece haber incrementado la presencia de médicos y disminuido la presencia de mujeres. La autora reconoce que, dada la dificultad de recopilar información biográfica sobre muchos empleados, algunas conclusiones son tentativas; de todas formas apuntan a direcciones importantes para futuras investigaciones.

En la segunda mitad del libro Lorenzo cambia su enfoque del Estado benefactor a los recipientes de la asistencia pública. Nos da un retrato fascinante de los internos del Hospicio y del Tecpam, aunque éste es a veces impresionista y basado tanto en los reglamentos y reportes oficiales como en los registros institucionales. Nos da ejemplos de las estrategias de algunos necesitados —o sus madres— que usaban los recursos estatales para sobrevivir. De vez en cuando descubre las actitudes de los internos cuando, por ejemplo, los niños se resistían a trabajar en los talleres de tejeduría o las niñas gravitaban hacia el de bonetería. Analiza un documento inusual de 1895 que enumera las carreras de los niños al salir del Tecpam, entre las que destacan no sólo la de artesanos sino la de músicos en las bandas municipales. Y, en una queja de muchachas mayores de 14 años que iban a perder su abrigo cuando el edificio viejo del Hospicio se derrumbó en 1904 (y que según los regla-

mentos ya no deberían haber estado en la institución por su edad avanzada) demuestra no solamente cómo algunos menesterosos llegaron a creer en su derecho a la asistencia, sino también cómo la visión basada en reglamentos podía ser engañosa. No obstante, la tendencia a largo plazo indiscutiblemente fue reducir los grupos de beneficiarios a medida que el Estado, siempre en busca de eficiencia, les daba preferencia a los niños y jóvenes sanos que podían reeditar la inversión pública con su trabajo productivo.

Como todos los buenos libros, éste abre el campo para nuevos estudios. Por ejemplo, nos deja con la pregunta de cómo sobrevivían los otros necesitados –mujeres solteras, discapacitados, ancianos e indígenas– que no se consideraban merecedores de la ayuda porfiriana. Como sugiere Lorenzo en una de sus muchas excelentes propuestas para temas de investigación, se tendrán que examinar los recursos que ofrecía la beneficencia privada que se expandía al mismo tiempo que la asistencia pública se restringía.

Este libro será una lectura obligada para los interesados en estos temas. La riqueza de la información, la claridad de la exposición y la complejidad del argumento hacen un importante aporte para los que quieran entender la historia del porfiriato, de la beneficencia, de los pobres, del proceso de crear mitos históricos, y de las formas cotidianas del clientelismo. Sobre todo demuestra que el auxilio estatal no fue un acto puro de benevolencia, y que vale la pena comparar la retórica con los hechos y además analizar cómo este mismo discurso se podía utilizar para fortalecer un Estado que en realidad fue muy poco benefactor.

Silvia Arrom
Brandeis University